24 La Veiga

La joven y el perro

Oh, santo de val Jiménez Oh, mi divina patrona. Dios nos libre, soberana, de un perro con ira y fobia.

Lavando en el río estaba, pobre moza, Dios del cielo, en cuanto sintió morderla en el brazo derecho un perro.

Cogió la moza una piedra, al perro no lo alcanzó; que más ligero que un gamo de allí luego se alejó.

Lavó su madre la herida, le puso luego un vendaje; aquella herida mortal por fin terminó en curarse.

Era tanta la impresión que aquella joven sentía, pensando siempre en el perro ni comía ni dormía.

Nadie se aproxima a mí, no me puedo contener; aunque me da mucha pena al teneros que morder.

Pero, hija de mis entrañas, si vas a tener valor para morder a tu madre, hija de mi corazón.

Si es que me quiere tanto, tanto mi padre querido, que se cargue la escopeta y que me mate de un tiro.

Si por sentir matarme, me voy a despedazar, para qué quiero vivir, para sufrir nada más.

Su novio que estaba al lado: No me conoces a mí. Obedece a tus padres, para que no hablen de ti.

Con una sonrisa triste ella a su novio miró y, mordiéndose las manos, de esta manera le habló.

¡Ay, Galiano, qué dolor, qué sudor tengo en mi frente;



este sudor que me corre es el sudor de la muerte!

Llamaremos al doctor, su novio le respondía, y verás ponerte buena paloma del alma mía.

El doctor, según la vio, exclamó: pobre doncella, hay que darle una sangría para que más pronto muera.

Señor doctor, por la Virgen, yo juro que soy cristiana. ¡Ay, Galiano, ven y átame a los yerros de la cama!

Dijimos que para la feria nos íbamos a casar; para la feria que viene pudriendo tierra he de estar.

Amante del corazón, solo una cosa te pido: que me guardes luto un día, por lo mucho que te estimo.

Así comprenderás lo mucho que te he querido; y si te casas con otra, lleva siempre mi suspiro.

La tapa del ataud una corona llevaba, postrada por su novio el que tanto la adoraba.